

Carlos Alvar (Granada, 1951), catedrático de Literaturas Románicas de la Universidad de Murcia. Ha publicado: "La poesía trovadoresca en España y Portugal. La poesía de Trovadores, Roveres y Minnesinger, y La muerte del Rey Arturo".

## El amor en la poesía española de tipo tradicional y en el Romancero

(Tercera de cuatro partes)

El encuentro puede darse por la noche, como en el caso que acabo de citar, o al amanecer, como atestiguan un precioso villancico de perfecta estructura paralelélica:

Al alba venid, buen amigo  
al alba venid,  
Amigo el que yo más quería,  
venid al alba del día,  
Amigo el que yo más amaba,  
venid a la luz del alba,  
Venid a la luz del día,  
no traigáis compañía,  
Venid a la luz del alba,  
no traigáis gran compañía.

A veces hay quienes lamentan la llegada del día, pues se tienen que separar, igual que ocurre en la lírica cortés:

Ya canta los gallos,  
buen amor, y vete:  
mira que amaneco.

El lugar de la cita es la fuente o son las orillas del río, donde crecen los árboles y los espinos blancos, de flores olorosas, y donde anidan algunas aves como la garza; expresiones como "ir a la fuente", "lavar camisas", "peinar cabellos", "cortar rosas" o "cazar garzas" adquieren en este contexto un significado erótico:

De los álamos vengo, madre,  
de ver cómo los menea el aire.

Dullucoso era el arroyuelo,  
y salpicóme;  
no hayas miedo, mi madre,  
que por él torne.

Por un pajecllo  
del corregidor  
peiné yo, mi madre,  
mis cabellos hoy.

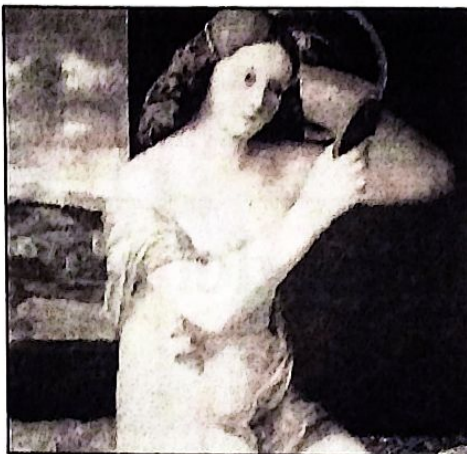
Cómo lo tuerce y lava  
la monjita el su cabello,  
cómo lo tuerce y lava  
y luego lo tiende al cielo.

A sombra de mis cabellos  
se adormió;  
¿si le recordaré yo?  
No tengo cabellos, madre,  
pero tengo bonito donaire.

Montesina era la garza  
y de muy alto volar,  
no hay quien la pueda tomar.

Si la muchacha es comparada con una garza, el galán lógicamente recibirá la denominación de algún tipo de ave de presa:

Mal ferida va la garza.  
Sola va y gritos daba.



Venus ante el espejo (Giovanni Bellini, óleo sobre madera)

Ribericas de aquel río  
donde la garza hace su nido,  
sola va y gritos daba.

Si tantos halcones  
la garza combaten  
por Dios que la maten.

La metáfora queda aclarada, en ocasiones, mediante la glosa que se hace del villancico inicial:

Halcón que se atreve  
con garza guerrera,  
peligros espera.

Halcón que se vuela  
con garza a porfia,  
cazarla quería  
y no la receta.

Mas quien no se vela  
de garza guerrera,  
peligros espera.

La caza de amor  
es de altanería;  
trabajos de día,  
de noche dolor.  
Halcón cazador  
con garza tan fiera,  
peligros espera.

La rosa, flor del espinu, simboliza frecuentemente la virginidad; el Romancero hereda el símbolo; la noche de amor de Gerineldo con la hija del emperador es descubierta por el padre de la joven; Gerineldo huye a través del jardín, donde se encuentra con el mismo rey:

- ¿Dónde vienes, Gerineldo  
tan mustio y descolorido?  
- Vengo del jardín, buen rey,  
por ver cómo ha florecido;  
la fragancia de una rosa

la color me ha desvaldo.  
- De esa rosa que has cortado  
mi espada será testigo.

La "niña en cabello" designa el mismo concepto que la rosa, como atestiguan numerosos ejemplos:

Vos me matastes,  
niña en cabello,  
vos me habéis muerto.

Ribera de un río  
el moza virgo;  
niña en cabello,  
vos me habéis muerto.

Vos me matastes  
niña en cabello.

Todas estas imágenes y metáforas intentan eludir determinados temas que pueden considerarse más o menos tabúes; la fuerza de la "prohibición" en la literatura española es mucho más profunda de lo que a simple vista parece: así, durante toda la Edad Media, son muy pocos los besos que aparecen en las letras hispanas y, aun después, hay que hacer un esfuerzo de memoria para recordar algún beso, aunque sea casto. Sin embargo, es la misma lírica tradicional la que da unos cuantos testimonios de ruptura con las normas, pero esto no debe sorprender, pues la transgresión también forma parte de las pautas de comportamiento social:

Boca besada  
no pierde ventura;  
antes se renueva  
como la luna

- Dime, pajarito que estás en el nido;  
la dama besada, ¿pierde marido?  
- No, la mi señora, si fuese en escondido.

Besóme el colmenero,  
a la miel me supo el beso.

y poco más; pero a veces la situación puede ir más lejos:

¡Quedito! No me toqués,  
entrañas mías,  
que tenéis las manos frías.

El terreno se ha hecho mucho más llano, y más bien se trata de un simple juego; el amor en la lírica tradicional tiene esta doble vertiente: cuando no constituye una grave preocupación (no siempre tomada en serio), se nos revela como un entretenimiento primaveral.

(Continuará)